

FIESTA DE LA DEDICACIÓN DE LA BASÍLICA DE LETRÁN

“...los echó a todos del templo (...) les esparció las monedas y les volcó las mesas.” (Juan 2, 13-22)

Celebramos la fiesta de la dedicación de la basílica de Letrán, una de las cuatro basílicas denominadas “mayores”, ubicadas en la ciudad de Roma. El Evangelio nos presenta el texto de Juan en el que contemplamos a Jesús expulsando a vendedores de bueyes y palomas, así como a los cambistas que se ubicaban en el atrio “de los gentiles” del templo de Jerusalén.

“¡No convertáis en mercado la casa de mi padre!” Ese fue el reclamo y la motivación que llevó a Jesús a obrar de tal manera. Nos resulta difícil imaginarle airado, arremetiendo contra todo y contra todos. La escena habrá sido poco menos que desconcertante. No era coherente con aquel profeta de la reconciliación, del compromiso con el prójimo, del amor como nuevo referente en la relación de Dios con los hombres y de los hombres entre sí.

¿Es que Jesús se equivocó y se dejó llevar por la ira, o es que todo tiene sentido cuando se trata de purificar las motivaciones y el entorno del culto a Dios, su Padre? ¿Es que los fines justifican los medios? Como los protagonistas y testigos de aquella reacción, me quedo desconcertado y se me presenta la imagen de María como referente para *“guardar estas cosas en el corazón”* y quizá un día comprenderlas en su plenitud...

Para Juan evangelista, la relectura de este hecho a la luz de la resurrección, manifestaba el fin de una etapa “sacrificial” centrada en las ofrendas de animales y de monedas. Nada de todo aquello tendría sentido. *“Destruid este templo y en tres días lo levantaré.”* El auténtico templo no es sino el mismo Jesús, muerto y resucitado.

Celebrar la fiesta de la basílica mayor de Letrán no puede hacernos perder esta referencia central. El templo es la casa del encuentro con el padre y con los hermanos. Dios seguramente no necesita de nuestros templos, nosotros somos los que necesitamos visualizar, sentir, tocar, acercarnos así tímidamente, desde los sentidos, al misterio de Dios. No es lícito prostituir el símbolo y tampoco confundirlo con el significado. Debemos cuidar nuestros signos, nuestros ritos, al tiempo que le damos el lugar de mediación, sin convertirlos jamás en el fin, sin prostituirlos con intereses que nada tienen que ver con esa mediación para el encuentro que les debe caracterizar.

Danilo Luis Farneda Calgaro

pastoral Atención Espiritual y Religiosa- COORDINACIÓN PROVINCIAL

